

Bernard de Fallois

Siete conferencias
sobre Marcel Proust
seguidas de
Lectores de Proust

Traducción de
Lluís Maria Todó

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2022

Título original: *Sept conférences sur Marcel Proust*

© Éditions Gallimard, 2019

Edición y notas de Luc Fraisse, profesor de la
Universidad de Estrasburgo

© de la traducción: Lluís Maria Todó, 2022

© **Ediciones del Subsuelo, S.L.U., 2022**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-122754-8-3

Depósito legal: B 18262-2022

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Primera conferencia	
¿De veras es tan interesante la vida de Proust?	11
Segunda conferencia	
¿Cómo compuso Proust su novela?	35
Tercera conferencia	
¿Han envejecido los personajes de Proust?	73
Cuarta conferencia	
¿Es Proust el auténtico autor de <i>La comedia humana</i> ?	103
Quinta conferencia	
Proust ¿a favor o en contra del amor?	143
Sexta conferencia	
¿La obra de arte puede vencer a la muerte?	173
Séptima conferencia	
Proust y Chateaubriand	209
Lectores de Proust	233

Primera conferencia

¿De veras es tan interesante
la vida de Proust?

Cuando me propusieron que viniera a hablar ante ustedes, en este principio de año, sobre un tema literario de mi elección, debo confesar que estuve dudando.

No es que me faltaran las ganas. En mi juventud fui profesor, y según el proverbio que Marcel Pagnol gustaba de citar: «Profesor un día, profesor toda la vida».

Me frenaba la pregunta que me hacía sobre qué tema podía interesarles a ustedes actualmente, en este final del siglo XX. El teatro, la novela, el regreso inesperado del siglo XVII, nuestra época contemporánea, aparentemente bastante vacía, pero ¿quién sabe? En todo caso, yo no sabía.

Y un día me puse a recordar algunas de las hermosas jornadas de lectura de las de antes, de cuando estaba descubriendo a Marcel Proust y lo vivía como un hechizo.

Ustedes ya conocen la comparación que usó él para hacernos comprender lo que es un escritor y lo que podemos esperar de él. Un escritor es como un óptico que nos hace probar unas lentes para las gafas, luego otras, luego otras más, diciéndonos: «¿Ve mejor así? ¿O así? ¿Y con estas?».

Muchos lectores, tanto en Francia como en el extranjero, en los últimos setenta y cinco años, han tenido como yo la sensación de que a partir del momento en que habían leído algunas páginas de Proust veían mucho más claro.

Por eso, pensando que sin duda había en esta reunión algunas personas que no habían abierto jamás un volumen de Proust, se me ha ocurrido que estas pocas reuniones tal vez serían para ellas la ocasión de un encuentro inolvidable.

Pero mi elección tenía también un segundo motivo. Proust es un escritor maravilloso de leer, pero quizás más maravilloso aún de releer.

Igual que Balzac, nos introduce en un mundo repleto de personajes que van a convertirse en amigos nuestros y de los que queremos saber, volumen a volumen, qué va siendo de ellos.

Pero, como Montaigne, nos propone también una cantidad incalculable de reflexiones sobre todos los aspectos de la sociedad humana, los caracteres, las pasiones, reflexiones que no podemos leer sin relacionarlas con nuestra propia vida, con nosotros mismos, y cada nueva lectura abre el camino a nuevas reacciones.

Nos encontraremos durante seis semanas. Pero también podríamos encontrarnos durante veinte, treinta semanas sin que nos faltaran temas de conversación.

¿Es usted médico? ¿Le interesa lo que dice Proust sobre la medicina? Cuántas cosas por comentar...

¿Es usted amante de la lectura? Qué profundas sus reflexiones sobre la lectura...

Por otro lado, ¿quiere usted saber lo que era la vida mundana de antaño, y si queda algo de ella en la actualidad? Tal vez más de lo que creemos. Proust y la vida de sociedad, ¡qué tema!

Proust y la arquitectura, Proust y el viaje, Proust y los celos, Proust y la música, Proust y el teatro, Proust y la fotografía, Proust y el arte de la guerra, Proust y las relaciones internacionales...

Hay muchísimas maneras de abordar esta obra, que contiene muchos más temas de lo que parece.

Y ahora, ¿cuáles serán, entre todos estos temas, los que vamos a tratar, y cómo haremos para intentar penetrar en esta o aquella parte de la obra?

Me pareció que sería muy pretencioso por mi parte darles una clase. Quizás muchos de ustedes saben tanto como yo, o acaso más que yo, sobre este escritor.

Además, desde la época en que leí con atención, y volví a leer, la *Recherche*, han pasado muchos años en los cuales sin duda se han publicado descubrimientos y estudios importantes que yo no conozco en su integridad. Y lo que a ustedes les apetece, seguro que no es una clase.

No será tampoco una conferencia, porque, prefiero decirlo desde ahora mismo, yo no domino el arte de dar conferencias. La conferencia es un género en sí, un género que tiene algo de espectáculo, pues los buenos conferenciantes te hacen pasar el tiempo sin que te des cuenta, ellos animan, actúan, comunican con su público, y eso se debe también a su actuación, y justamente yo no creo estar muy dotado para eso.

Me ha parecido preferible que nos planteemos cierto número de cuestiones precisas sobre Marcel Proust.

Por ejemplo, la semana próxima nos preguntaremos cómo fue construida esa catedral —pues Proust utilizó muchas veces esta imagen para hablar de su obra—, cuántos años necesitó, todos los materiales que tuvo que reunir para edificarla, el plan que se trazó y que, tal vez, en el curso de su ejecución, sufrió algunos cambios, lo que hace que el estado final no sea el que el autor había pensado al comienzo.

En resumen, todo lo que en la construcción de un libro permite igualmente conocer su significación, desvelar su sentido: este será el tema de la semana próxima.

También pasaremos una tarde con sus personajes, pues la obra de Proust es todo lo contrario de una obra abstracta. Ese

hombre tan inteligente y comprometido con la búsqueda de la verdad fue también un fabuloso creador de personajes.

Cuando somos lectores de Proust, la relación que mantenemos con los diez, veinte, treinta personajes principales de su obra —y otros tantos personajes secundarios que encontramos siempre con placer, aunque los hayamos olvidado— es una relación muy particular, que no se parece a la que nos inspira cualquier otro novelista.

Una tercera cuestión será la de preguntarnos por qué Proust está considerado uno de los más grandes pintores del amor, por qué otorgó un lugar tan importante al amor en su obra, a pesar de la paradoja de ser un hombre que no tuvo nada para ser feliz en el amor. ¿Qué es el amor en la obra de Proust? Y lo que dice del amor, su concepción del amor, ¿son válidos para todas las personas? De todo esto nos ocuparemos el día que hablemos del amor.

También nos plantearemos si Proust no es uno de nuestros grandes autores cómicos.

Esta búsqueda del tiempo perdido es también una comedia humana. Pero ¿en qué consiste exactamente el humor de Proust? No me refiero a los procedimientos que emplea, lo que quiero decir es: ¿cuál es la esencia de esa comicidad?

Nos preguntaremos también cómo puede ser que un hombre que conoció tantos pesares, tantas decepciones, tanta tristeza y que, en cierto modo, fue un hombre muy poco optimista, fuera al mismo tiempo uno de nuestros autores más divertidos.

Es casi un tópico decir que los grandes cómicos suelen ser hombres tristes. Charles Chaplin y muchos otros están ahí para certificarlo. La mirada de Molière, en el retrato más famoso que conservamos de él, no es la mirada de un hombre contento. Por tanto, no es ninguna sorpresa para nosotros, pero eso no quita que queramos saber el cómo y el porqué.

Finalmente, cuando hayamos despachado estas cuestiones llegaremos a otra que se sitúa más bien al final de la novela, la de saber la importancia que otorga Proust al arte, todo lo que dice sobre él, todo lo que merece ser sacrificado por él, todo lo que representa, según Proust, la parte más viva de la vida y, en cierto modo, la vida auténtica. El arte es el camino de salvación para luchar contra esas dos fuerzas tan poderosas, tan irresistibles, que son la muerte y el olvido.

De ello hablaremos en nuestra última sesión.

Tal vez les resulte extraño que al hablar de todo esto no haya pronunciado ni una sola vez la palabra «tiempo». ¿No es lo primero que deberíamos comentar? La función del tiempo, la importancia del tiempo en un hombre que ha titulado la obra de su vida *En busca del tiempo perdido*.

Si no lo he hecho es porque tendremos ocasión de hablar del tiempo en cada una de nuestras sesiones. Existe una relación entre el tiempo y cada uno de los temas que veremos, y trataremos de dar una respuesta a todas estas cuestiones.

El tiempo es en cierto modo aquello que el arte trata de superar, es ciertamente aquello que contribuye a hacer tan cómicas a esas personas cuyos retratos nos divertirán. Es también lo que el autor necesitó para componer su obra y, finalmente, también es, en el amor, el principal rival con el que vamos a enfrentarnos.

Estas serán nuestras charlas:

- ¿Cómo compuso Proust su novela?
- ¿Qué es un personaje proustiano?
- ¿Es Proust un autor cómico?
- ¿Qué es el amor para Proust?
- ¿Puede el arte vencer a la muerte?

Pero, en esta primera sesión, les propongo que no entremos aún en la catedral, sino que nos detengamos en el umbral, que la miremos de lejos en compañía de aquel que la construyó.

*

¿Quién era ese Marcel Proust tan desconocido en el momento de su muerte y también mucho tiempo después de su muerte, tan mal conocido y poco leído, todo sea dicho? Ese personaje extraño, sobre el que corrían rumores, una especie de leyenda, ¿quién era? ¿Qué vida tuvo? ¿Qué carácter?

Y ahora viene la pregunta que me gustaría plantearles: ¿tenemos motivos para interesarnos tanto por él?

La curiosidad que despierta Proust es comprensible. Él mismo la tuvo, como todo el mundo. Tenemos incluso una prueba. Durante un viaje a Holanda, cuando tenía unos veintisiete años, se llevó con él y leyó un libro de Eugène Fromentin titulado *Les Maîtres d'autrefois*. Pues bien, desde Holanda escribió a su madre para preguntarle si tenía alguna información sobre la vida de ese Fromentin.

No podía esperar a volver a París para obtener la información. «Es un incordio —explicaba a su madre— no tener ninguna pista sobre alguien con quien acabamos de pasar quince días en un hotel.» En resumen, quería tener pistas, tal como ustedes quieren tener algunas pistas sobre Proust.

Si esto es lo que quieren, pierdan cuidado, pistas no les van a faltar.

Pero, aunque un día u otro todos nos hemos planteado cuestiones de este tipo sobre tal o cual artista, ello no es motivo para que estas ocupen todo el espacio, para que se conviertan en nuestra única preocupación, hasta el punto de saberlo todo sobre Fromentin y olvidarnos tal vez de leer su libro y comentarlo.

Y esto es un poco lo que ha ocurrido con Proust.

Después de ser durante años casi un desconocido, de repente empezó a apasionar a todos los estudiosos. Hasta entonces nos habíamos conformado con poca cosa: algunos testimonios de personas que lo conocieron, algunos elementos biográficos, algunos puntos de referencia, como se dice ahora, y nada más.

Por otra parte, conviene recordar que durante los treinta años que siguieron a su muerte, la obra de Proust fue una obra conocida, considerada importante, comentada por una pequeñísima élite francesa y extranjera, pero que no había llegado al gran público y, sobre todo, que parecía haber dejado totalmente indiferentes a los ambientes universitarios.

Y lo más curioso del caso es que justamente en el mismo momento en que empezó este apasionamiento por estudiar la vida de Proust fue cuando se descubrió un escrito que hasta entonces había permanecido inédito y del que por cierto tendremos ocasión de hablar la semana próxima, pues desempeña un papel importante en su obra, un escrito titulado *Contra Sainte-Beuve*, en el que Proust, con una audacia increíble, toma partido contra las ideas más aceptadas de su tiempo, se permite atacar de frente a quien estaba considerado el papa de la crítica y la historia literaria y nos pone en guardia contra lo que podríamos llamar la tentación biográfica.

La «tentación biográfica» es la idea de que no podemos conformarnos con leer un libro para conocer a un escritor, porque corremos el peligro de engañarnos sobre él, de tener una visión muy superficial, si no buscamos al hombre que está detrás de la obra. De ahí que, para conocer bien a un escritor, según Sainte-Beuve, haya que investigar sobre su vida.

El prestigio, la gloria de Sainte-Beuve, el respeto que lo rodeaba a finales del siglo XIX, no proceden únicamente de que, con la enorme empresa de sus *Lundis* y esos gruesos libros que fueron *Port-Royal* o bien *Chateabriand et son groupe*, hubiera

elevado la crítica literaria al rango de un género literario digno de los más grandes.

Se debe ante todo a este método inventado por Sainte-Beuve.

Y Proust, citando a Sainte-Beuve, nos explica en qué consistía ese famoso método:

La literatura, decía Sainte-Beuve, para mí no es distinta o, al menos, separable del resto del hombre y la organización. No podemos proceder de muchas maneras y con muchos objetivos para conocer a un hombre, es decir, algo que no sea un puro espíritu. Mientras no nos hayamos planteado sobre un autor cierto número de cuestiones, y no hayamos respondido a ellas, aunque solo sea para nosotros mismos y en voz baja, no estaremos seguros de captarlo por entero, por más que esas cuestiones puedan parecer las más ajenas a la naturaleza de sus escritos: ¿Qué pensaba de la religión? ¿Cómo lo afectaba el espectáculo de la naturaleza? ¿Cómo se comportaba en el terreno de las mujeres, en el terreno del dinero? ¿Era rico, pobre, qué régimen seguía, cuál era su manera de vivir cotidiana? ¿Cuál era su vicio, o su debilidad? Ninguna de estas preguntas es indiferente para juzgar al autor de un libro y el libro mismo, si ese libro no es un tratado de geometría pura, sobre todo si es una obra literaria, es decir, en la que entra de todo.

Entonces, después de haber expuesto el método de Sainte-Beuve, Proust nos hace su crítica y le opone una interpretación muy diferente, prácticamente sin posibilidad de compromiso y conciliación con su propio método. Escribe Proust:

Este método, que consiste en no separar al hombre de la obra, en considerar que no es indiferente para juzgar al autor de un libro, si este libro no es «un tratado de geometría pura», en haber respondido primero a las preguntas que parecen más alejadas de su

obra (cómo se comportaba...), en rodearse de todas las informaciones posibles sobre un escritor, cotejar sus correspondencias, preguntar a las personas que lo conocieron, charlando con ellas si todavía están vivas, leyendo lo que pudieran haber escrito sobre él si están muertas, este método ignora lo que nos enseña una frecuentación algo profunda de nosotros mismos: que un libro es el producto de otro yo que el que manifestamos en nuestras costumbres, en sociedad, en nuestros vicios. Este yo, si queremos intentar conocerlo, podremos hallarlo en el fondo de nosotros mismos, intentando recrearlo en nosotros. Nada puede dispensarnos de este esfuerzo en nuestro corazón. Esta verdad, hay que construirla con todas sus piezas y es demasiado fácil creer que nos llegará una mañana a nuestro correo, en forma de una carta inédita que nos comunicará un bibliotecario amigo, o que la recogeremos de la boca de alguien que conoció bien al autor.¹

Ni que decir tiene que una página como esta, o digamos si lo prefieren, la teoría de los dos *yo*, tuvo en la época una repercusión considerable.

Desde entonces, no se ha escrito un estudio, no se ha pronunciado una conferencia, no se ha celebrado un coloquio sobre el tema, la naturaleza, el futuro de la biografía, sin que aparezca alguna referencia a ella.

Pero como nadie es profeta en su tierra, se puede decir que Proust convenció a mucha gente, casi a todo el mundo, salvo a los proustianos, que haciendo caso omiso de sus recomendaciones y apenas leídas las páginas de Proust contra Sainte-Beuve

1. *Contra Sainte-Beuve*. La traducción de todos los textos citados es de Lluís Maria Todó. Los fragmentos de *En busca del tiempo perdido* proceden de la edición francesa de Jean-Yves Tadié, París, Gallimard, «Bibliothèque de la Pléiade», 4 vols., 1987-1989. (*N. del T.*)

se lanzaron, imitando en ello a Sainte-Beuve, a la busca y captura de las huellas del individuo Marcel Proust.

Seguro que eso habría divertido mucho a Proust, aunque su diversión se habría mezclado con un poco de tristeza.

Por ejemplo, Marcel Proust había pedido expresamente que se dejara su correspondencia en paz. En una carta del 1 de enero de 1921 —el año anterior a su muerte, fíjense bien— escribió: «Insisto absolutamente en que no se conserve y *a fortiori* que no se publique ninguna correspondencia mía».

Resultado: un estudioso americano, muy trabajador y notablemente tozudo, pocos meses después de la publicación de *Contra Sainte-Beuve*, empezó a publicar una correspondencia cronológica que comprende 21 volúmenes y unas 5 000 cartas aproximadamente.

Pero la ventaja que podemos sacar de esta desobediencia de los proustianos, que después de todo tienen todo el derecho a no seguir a Marcel Proust en sus conclusiones, es que ahora podemos utilizar sus trabajos para tratar de dar una respuesta a la pregunta que nos planteábamos al empezar, y que en el fondo es la misma que plantea Marcel Proust en su artículo sobre Sainte-Beuve.

Tratemos por tanto de hacer balance de lo que nos han enseñado en el último medio siglo todos los especialistas que intentaron completar el puzle y darnos a conocer la vida y la persona de Marcel Proust.

*

¿Están ustedes dispuestos a conformarse con un mínimo? No les tomará mucho tiempo. Bastarán algunos hechos, unos nombres, unas pocas fechas.

Ante todo, el marco histórico en el que se desarrolló esa existencia: desde el término de la guerra de 1870 hasta después de la guerra de 1914.

Un largo periodo tranquilo, en el que no ocurre casi nada. Lo que Péguy llamaba un periodo, por oposición a una época, atravesado solo por una crisis que sacude durante varios meses la sociedad francesa: el caso Dreyfus, y que acaba con una tragedia mundial. Entre estas dos fechas, un mundo casi inmóvil, inmutable, sin trastornos.

Luego el marco geográfico.

Es muy estrecho: el París de la Plaine Monceau, donde vive la alta burguesía, el bulevar Malesherbes, la calle Courcelles, el bulevar Haussmann y la costa normanda, donde veranea esa misma burguesía adinerada: Trouville, Cabourg, más algunos viajes a ciudades artísticas: Venecia, Ámsterdam.

Una vida muy breve: 1871-1922. Cincuenta y un años, como la vida de Balzac, como la vida de Molière, dos escritores inmensos a los que muy pronto su nombre se verá asociado en diversos aspectos.

Un padre perteneciente a una familia católica de la Beauce, Adrien Proust, y una madre procedente de una familia judía y alsaciana, Jeanne Weil. Ni uno ni otro son practicantes. Los matrimonios mixtos eran frecuentes en la alta burguesía. Jeanne Weil no quiso convertirse, pero aceptó sin problemas que sus hijos fueran bautizados.

A los diez años, una crisis de asma, primer ataque de una enfermedad que modificará para siempre su manera de vivir. Estudios en el Lycée Condorcet.

A los diecinueve años, servicio militar en Orleans. Después, unos años de estudios en la Escuela libre de ciencias políticas.

A los veinticinco años, publica un librito con prólogo de Anatole France, pero que no llama mucho la atención: *Los placeres y los días*. Y luego nada... Una vida exteriormente ociosa y sin más manifestación que la traducción de dos libros de Ruskin: *La Biblia de Amiens* y *Sésamo y lirios*.